

HUELLAS IBERICAS EN EL "VALLE DE TOLIU"

Desde Santo Espiritu del Monte

Por Fr. BERNARDINO CERVERA

Presento este artículo al acreditado Boletín "A R S E", del Centro Arqueológico Saguntino, para satisfacer una amistosa deuda con el señor Depositario del mismo D. Vicente García Moreno, y entusiastas socios activos, que me ofrecen las columnas de ARSE para colaborar en tan benemérita publicación, acreedora de los más dignos elogios, por su desinteresada labor en pro de la cultura y de la Gloriosa Historia Saguntina.

Desde luego, mi escrito no tiene pretensión de un documentado estudio arqueológico, sino sólo divulgación de algunos hallazgos de sorpresa, encontrados al azar, con ocasión de acompañar, como maestro, a los Hermanos Novicios, en sus correrías expansivas por estos amenos montes de Sto. Espiritu que repristinaron mis aficiones, y hasta las ilusiones juveniles por los temas de Arqueología.

Fue en uno de aquellos paseos, bajando hacia el "Pla de la Vidriera", ladera Sur del monte "Virgen de la Cueva Santa" del "Valle de Toliu", donde me llamó la atención un tiesto que pisé. Lo tomé y por los caracteres que presentaba concluí que era de procedencia árabe. Y concebí una esperanza. Si no es pura ilusión, dije, junto a este tiesto ha de haber también cerámica ibérica, ya que al ser invadida la península por los árabes, éstos ocuparon sus castros y poblados y pretendieron imitar su

técnica cerámica, de la cual sólo es un remedo. Los Novicios, al escuchar mis razonamientos, con ilusión de aventura me piden orientaciones, y se lanzan a la búsqueda de los tiestos que afloran, en el terreno que les señalo, como probables, con interés y entusiasmo. Suben, bajan y se detienen por el escarpado declive del monte hasta la hondonada, y no tardan en presentar algunos ejemplares fragmentados y diminutos, pero suficientes para apreciar que hay cerámica de diversas culturas. La esperanza se convierte en realidad. Se repitieron las exploraciones en diversos paseos, pero se agotó el material, por lo menos superficialmente; el terreno, ya desde antiguo dedicado al cultivo del algarrobo, hoy abandonado, y las lluvias siglo tras siglo por las hormas derruidas, han arrastrado, sabe donde, escarpe abajo, muchísimo material acumulado.

Tras detenido examen de los tiestos encontrados, ya clasificados, los hay de diversas culturas, predominando la ibérica, que no ostenta riqueza técnica, por lo menos en los pocos y pequeños fragmentos recogidos. Entre ellos hay cuellos y bordes de vasijas ibéricas variados, de perfil airoso, y hasta elegante, asas, también variadas, de vasijas; bastantes "pondus" troncopiramidales enteros y fragmentados; algún tiesto, raros, de cerámica pintada con rayas y círculos en marrón; la cerámica la hay de grano fino, alguna, con sección ro-

jiza y gris, otra algo más basta, pero también ibérica. También hay trozos de cerámica más basta y gruesa, asas variadas de vasijas, pintadas con trazos gruesos y de un color parduzco oscuro, de acusado tipismo árabe.

Seguimos la exploración, unos pasos más a la derecha, en la explanada del cementerio, y encontramos algunas asas, cueillos y bases en punta de ánforas romanas. Además, bastante cantidad de fragmentos pequeños de cerámica roja brillante "sigillata", barro rojo-vivo-mate, saguntino, y fragmentos más grandes de platos de cerámica "campaniana", con algún dibujo en el fondo, cerámica ésta que suele encontrarse en la generalidad de las estaciones ibéricas.

También salió algún ejemplar fragmentado de "Tegulae", "doliae" y losetas de

barro cocido de seis centímetros de espesor.

De todo ello deduzco que en la ladera sur del monte de "Virgen de la Cueva Santa", el primero de la izquierda al entrar en el Valle de Toliu, existió un poblado ibérico, probablemente, por los tuestos encontrados, perteneciente a la época de la dominación romana. Esto nada tiene de extraño, pues perteneciendo estos montes al núcleo montañoso llamado "Montiber", donde abundan las estaciones ibéricas, ésta de que tratamos, dada la índole guerrera de esa raza excepcional, seguramente elegiría esta posición estratégica, desde donde podría vigilar y espiar el paso de tribus nómadas o invasoras que, atravesando los caminos intrincados y cautelosos de la sierra Calderona, necesariamente habían de desembocar ante el arrojado poblado ibero, abroquelado desde su atalaya, siempre con ojo avizor.

